

INCOGNOCIBLES Y ATOMISMO LÓGICO

Comienzo con una cita de *The Problems of Philosophy* "... Si tomamos un objeto cualquiera de la clase que suponemos conocer por los sentidos, lo que los sentidos nos dicen inmediatamente no es la verdad acerca del objeto tal como es aparte de nosotros, sino solamente la verdad acerca de..." como aparece. "Lo que vemos y tocamos directamente es simplemente 'apariencia', que nosotros creemos ser el signo de una 'realidad' que está tras ella. Pero... ¿tenemos algún medio de conocer si existe una realidad? Y en caso afirmativo, ¿tenemos algún medio de descubrir cómo es?"¹ Estas preguntas, hechas por Russell y en verdad por Descartes mucho antes, plantean los problemas que el atomismo lógico —la doctrina propuesta por Russell y que se discutirá en este artículo— pretende solucionar. Las cuestiones mismas sólo surgen cuando se reflexiona acerca de las apariencias cambiantes que cualquier objeto puede presentar desde diferentes puntos de vista y la similitud de apariencias recurrentes en momentos diferentes. La primera consideración plantea la cuestión de cuál es la verdadera naturaleza del objeto, la otra la cuestión de lo que sea aquello que da razón de las similitudes que se observan. Es natural suponer que cuando nosotros percibimos una mesa, la causa de nuestras sensaciones es, junto con nuestros órganos sensoriales, algo distinto a cualquiera de sus diferentes apariencias, y que la mesa continúa existiendo cuando no es percibida y es la causa de la similitud entre las apariencias a lo largo del tiempo. Ahora bien, evidentemente la causa de nuestra sensación no está dada con los efectos. Tanto la existencia y la naturaleza de esta causa son, para citar a Russell, "una inferencia a partir de lo que es conocido inmediatamente".² Es, además, una inferencia que no puede comprobarse independientemente de una observación, ni tampoco puede comprobarse mediante una observación. Pues lo que las nuevas observaciones producen son nuevos datos de los sentidos, no una correlación entre los datos originales y su causa. Ninguna observación revela una correlación puesto que sólo un término de la correlación cae dentro de la experiencia. Confrontar los datos de los sentidos con su causa sería comparar un término que se encuentra en la experiencia con un término que por hipótesis se encuentra más allá de ella. La causa de nuestra experiencia perceptiva es algo incognoscible, semejante al objeto nouménico de Kant, cuya naturaleza nos elude tan cabalmente como los rasgos de quien perpetró el crimen perfecto.

Esta situación es insatisfactoria y no sólo porque no puede verificarse que las cosas existen ni cuál sea su naturaleza. Con respecto a la naturaleza de los

¹ Pp. 23-24.

² *Ibid.*, pp. 16-17.

objetos físicos parecen ser igualmente imposibles tanto la descripción como el descubrimiento. Las cosas estarían constituidas por sus apariencias y por la x de la cual son las apariencias. Y esta x es una incógnita ontológica, un componente que no sólo elude el descubrimiento, sino que no puede describirse. Una cosa es no poder describir una entidad; otra muy distinta es no poder describir qué es lo que se está buscando. Se insinúa la posibilidad de que no existe ningún componente incognoscible de una cosa y de que este hecho se revelará en un análisis lógico. En conformidad con esto, Russell se propone la tarea de llevar a cabo un inventario cosmológico con el fin de mostrar cuáles elementos son los materiales de construcción del mundo indispensables. Una entidad metafísica, esto es, el tipo de entidad que no está empíricamente dada y que es un objeto de inferencia infinitamente elusivo, ¿formará parte del mueblaje básico? ¿y por cuáles principios nos guiaremos para alcanzar los elementos cosmológicos primarios? Éstas son las preguntas a las que la doctrina del atomismo lógico da respuesta. Su programa es doble: llevar a cabo un inventario en escala cósmica de los elementos primarios a partir de los cuales pueden reconstituirse los fenómenos ordinarios y dar con una técnica para decidir qué es lo que debemos incluir en nuestro inventario. El programa fue llevado a cabo en las lecciones intituladas: *The Philosophy of Logical Atomism*.³ Guiado por el principio metodológico que dice que no hay que multiplicar entidades innecesariamente —el principio de la navaja de Occam— Russell llegó a los elementos primarios simples cuya naturaleza es tal que puede ser conocida empíricamente con absoluta certeza. Ningún incognoscible metafísico inferido entró en su inventario. Además esas entidades inferidas inevitables, son del mismo tipo que aquellas que se conocen sin inferencia y “cualquier objeto de la clase que suponemos conocer por los sentidos” puede describirse completamente, sin que quede residuo alguno, por referencia a estos elementos cognoscibles.

Ahora bien, nosotros sabemos cómo Descartes llegó a su propia existencia mediante el método de la duda sistemática. Examinemos el uso que hace Russell de la navaja de Occam para llegar a los elementos primarios simples de los cuales está constituido el mundo. El problema que se planteó: “¿Cuál es, al principio, el menor número de cosas simples indefinidas y cuál es el menor número de premisas indemostradas a partir de los cuales pueden definirse las cosas que es necesario definir y probar las cosas que es necesario probar?”⁴ Ahora, una de las nociones que es necesario definir es la noción de una cosa. Russell se pregunta cuál es el conjunto de materiales más económico y al mismo tiempo más adecuado para hacer esto. Supongamos que cuando se aplica el análisis lógico al concepto *cosa* no encontramos que una cosa sea divisible en dos tipos de componentes, uno de los cuales se encuentra fuera del alcance del conocimiento. Supongamos, también, que todos los servicios que realiza el componente incog-

³ *The Monist*, 1918, 1919-20.

⁴ *The Monist*, 1919-20, p. 366.

noscible, cuya existencia es tan natural asumir, los realizan igualmente las entidades que son empíricamente verificables. Entonces el principio de Occam nos permite hacer caso omiso de ese componente que se suponía incognoscible —hacer caso omiso de lo que puede omitirse. El substratum es, según la terminología de la última guerra, eliminable.

Russell insiste en que no está negando que exista ese substratum, afirmando únicamente que no tiene necesidad de esta hipótesis. De hecho, al examinar la historia de la idea de substratum y términos relacionados, materia y substancia, podemos encontrar razones suficientes para negar que el término "substratum" exprese alguna idea. Si es así nosotros debemos *a fortiori* negar el que el análisis lógico aplicado al concepto *cosa* pueda revelar el concepto de una substancia subyacente que es el sujeto de atributos y el sujeto, que no varía, del cambio. Aristóteles sostendría que podría hacerlo. La existencia de una cosa, dijo, implica más que la existencia de los atributos. Puesto que la existencia de los atributos depende de que estén ejemplificados, debe existir algo además de ellos. Debe haber un sujeto común de atribución, algo que es el poseedor de los atributos y distinto de ellos. A esto Aristóteles lo llamó materia. Supongamos ahora que llevamos a cabo el experimento analítico de despojarla de sus atributos. Nos encontramos con un vacío. La materia, dijo Aristóteles, es incognoscible en sí misma. Aparte de sus atributos es inconcebible. Pero debe admitirse que *con* sus atributos también es inconcebible. Porque el sujeto de los atributos, algo más que ellos y distinto de ellos, es como dijo Locke "un yo no se qué". El término "materia" no expresa ninguna idea. Es *lógicamente* imposible que pueda encontrarse una *x* que esté debajo de las apariencias, porque es inconcebible que exista una *x* semejante.

¿Qué es, pues, lo que queda como constituyentes indispensables de las cosas una vez que el análisis ha probado que no existen componentes incognoscibles? Únicamente las apariencias dadas sensiblemente, que ya no son más las apariencias de un sujeto distinto de ellas. Una cosa es simplemente la suma de las apariencias que están sistemáticamente conectadas por ciertas similitudes y que exhiben una continuidad en sus cambios. Lo que hace que digamos que vemos la misma cosa, un escritorio, por ejemplo, en ocasiones sucesivas, no es el que observemos una substancia idéntica que presenta unas apariencias. La razón empírica para decir que el mismo escritorio se encuentra delante de nosotros es simplemente que las apariencias están organizadas de una cierta forma. Esto, dice Russell, "es todo lo que con *certeza* se encuentra allí en lo que toca a unidad. Todo lo que pueda existir más allá y más acá de esto, lo admitiré como algo que no puedo conocer. Lo que puedo conocer es que existen ciertas series de apariencias que se encuentran enlazadas y las series de esas apariencias las definiré como siendo un escritorio" . . .⁵ "Con mayor generalidad, una 'cosa' se definirá como una serie de apariencias . . . reunidas por los mismos motivos que nos lle-

⁵ *Ibid*, pp. 369-70.

varon a considerarla como una cosa. . . Decir que una determinada apariencia es una apariencia *de* una determinada cosa, simplemente querrá decir que es una de aquellas que, si se toman serialmente, *son* la cosa".⁶ Por consiguiente una cosa no es más que una clase de apariencias. Y las apariencias son los tipos de cosas de las que somos inmediatamente consciente en la experiencia sensorial —"manchas de color, sonidos, sabores, olores, etc., con sus ordenaciones espacio-temporales".⁷ Por evanescentes que sean, éstos son los elementos primarios a que se reducen las cosas al analizarlas y a partir de los cuales las cosas están construidas. A las construcciones Russell las llama ficciones, para distinguirlas de los elementos primarios que llama átomos lógicos. Los átomos, pero no lo construido con ellos, formarían parte de su inventario. Uno recuerda la tesis de Kronecker acerca de los números: Dios creó a los enteros, la humanidad creó el resto. Los números racionales, los reales y los complejos son artefactos, pero los enteros, los materiales indispensables para la construcción de ellos, no lo son.

Debe observarse que el empleo de la navaja de Occam para llegar a la posición aquí descrita, tiene dos aspectos, uno de ellos el de reducir los objetos comunes de los sentidos a átomos lógicos sin que quede ningún substratum residual, y el otro el de explicar cómo esta reducción puede preservar las propiedades que usualmente le atribuimos a estos objetos. Acabo de describir el programa reduccionista que nos libera de una entidad metafísica inferida. Para completar la versión de lo que usualmente se llama la posición fenomenalista, falta explicar cómo dicho programa intenta conservar, para los objetos físicos, ciertos rasgos realistas: a saber, que estos sistemas de apariencia, incluyendo cada una de sus apariencias constituyentes, deben ser objetos públicos para todos los observadores y deben poder existir cuando no son percibidos.

En lo poco que hasta ahora se ha dicho acerca de la naturaleza de los átomos de los cuales los objetos físicos están construidos, se advierte que este es un problema. Los objetos físicos han sido definidos como clases de apariencias. Pero las apariencias son apariencias con respecto a alguna mente, y no queda claro cómo pueden existir en los momentos en que no son objetos de conciencia para nadie, ni cómo puede haber, por consiguiente, un objeto único persistente en lugar de muchos objetos transitorios. A quien percibe, por lo demás, en ningún momento se le presentan más que unas cuantas apariencias y si una cosa fuera la clase de tales apariencias, dicha cosa se limitaría a un fragmento de lo que nosotros consideramos que es una cosa. Por lo que respecta a las apariencias en relación a otros observadores, es un misterio cómo éstas y las nuestras serían, de acuerdo con la versión de Russell hasta ahora, apariencias de un objeto individual, porque evidentemente no habría ningún objeto público. Parece inexplicable cómo deberíamos arreglárnosla para correlacionar nuestras experiencias

⁶ *Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy*, p. 106.

⁷ *Mysticism and Logic*, p. 145.

privadas de tal manera que convergieran en lo que llamamos uno y el mismo restaurante. Todo esto es para decir que si las apariencias existen únicamente en el momento en que son apariencias, entonces nos encontramos exactamente con aquellas dificultades que tendrían la posición de Berkeley pero sin la ventaja de Dios. Russell era consciente de estas dificultades y consciente posiblemente, concediendo la tesis de que Dios existe, de la siguiente dificultad inherente a la posición de Berkeley: un mundo estable que consiste de objetos físicos permanentes, existe en virtud de que cada objeto es un sistema de ideas infinitamente complejo que son continuamente aprehendidas por Dios. En relación a nosotros el mundo es público, susceptible de aprehensión por todos los observadores, cada uno de los cuales percibe determinados miembros de la clase de ideas concebidas por Dios. Pero en relación a Dios, el mundo es su sueño cósmico y se acabaría si dejara de soñar. La dificultad grave con que se topa esta tesis es que las ideas en la mente de cualquier persona son privadas y no pueden ser aprehendidas por otra mente. Y la privación es una necesidad lógica: es lógicamente imposible que dos mentes tengan numéricamente la misma idea. De manera que el mundo que nos entrega la tesis de Berkeley no es el mundo objetivo y no intermitente que él creía que la tesis aseguraba.

Las dificultades del subjetivismo no pueden remediarse mediante la hipótesis de la existencia de Dios y Russell, ciertamente, en ningún caso podría apelar a esta hipótesis si se atiene al principio de Occam y si únicamente admite en su versión de la realidad aquellas entidades que o son conocidas sin inferencia o bien son del mismo tipo que aquellas que son así conocidas. El único recurso es negar que estas apariencias o aspectos que se nos presentan en la experiencia sensorial sean subjetivas. "En el momento en que los datos de los sentidos son datos", dice Russell, "son todo lo que directa y primitivamente conocemos del mundo exterior; por consiguiente el hecho de que ellos son *data* tiene una enorme importancia. Pero el hecho de que sean todo lo que conocemos directamente no da pie, claro está, a la conjetura de que ellos son todo lo que existe".⁸ Entendiendo por el término "datos de los sentidos" las cosas que son conocidas inmediatamente en la sensación: "cosas tales como colores, sonido, olores, durezas, asperezas, etc.",⁹ que nosotros podemos correctamente suponer que se cuentan entre los átomos con los que se construyen las cosas. ¿Qué más existe? Además de estos, dice Russell, probablemente existe "una masa de objetos más o menos parecidos a ellos" de los cuales los objetos particulares que son *data* con respecto a una mente son "una selección bastante fortuita".¹⁰ Naturalmente nosotros no podemos señalar un *datum* particular y decir de él "*Esto* queda fuera de mi experiencia actual". Pero Russell piensa que las entidades que quedan fuera de nuestra experiencia actual pueden inferirse legítimamente siempre y cuando la inferencia

⁸ *Mysticism and Logic*, p. 148.

⁹ *The Problems of Philosophy*, p. 17.

¹⁰ *Mysticism and Logic*, p. 148.

esté guiada por el principio de que ellas “deben. . . ser similares a aquellas entidades cuya existencia es dada, en lugar de ser, como la *Ding an sich* de Kant, algo totalmente remoto”.¹¹ En conformidad con esto, una substancia incognoscible inferida es desplazada por una clase de objetos inferidos que son cognoscibles en la forma en que lo son las apariencias.

Russell concede que “puede pensarse que es monstruoso mantener que una cosa puede presentar apariencias allí donde no existen órganos sensoriales y estructura nerviosa a través de los cuales puede aparecer”, pero agrega que “por mi parte no siento la monstruosidad”.¹² Su argumento es de que tan pronto como se hace la distinción necesaria, dentro de una experiencia sensorial, entre el objeto del cual uno es consciente y la conciencia de ese objeto, se elimina el obstáculo principal en contra de la suposición de que tales objetos pueden existir más allá del momento de conciencia. Si, como sostenía Berkeley, “el objeto y la sensación son lo mismo y, por consiguiente, no pueden abstraerse el uno del otro”,¹³ entonces sería lógicamente imposible que los constituyentes primarios de las cosas existan independientemente de una mente. Pero la sensación, afirma Russell, es la conciencia que el sujeto tiene de un objeto y la confusión entre ver y lo que es visto “basta indicarla para evitarla”.¹⁴ Por tanto Russell hace una distinción, tal vez tomada del viejo trabajo de Moore “Refutation of Idealism”, entre *sensibilia* y datos de los sentidos, siendo los primeros “aquellos objetos que tienen el mismo. . . status que los datos de los sentidos, sin que necesariamente sean datos para alguna mente. La relación de un *sensibile* con un dato de los sentidos es como la de un hombre con un marido: un hombre se convierte en un marido entrando en la relación de matrimonio y en forma similar un *sensibile* se convierte en un dato de los sentidos al entrar en la relación de conocimiento directo”.¹⁵ “Lo que la mente agrega a los *sensibilia*. . . es simplemente conciencia”.¹⁶ La conciencia, obviamente, es mental, pero no hay ninguna razón para suponer que su objeto lo es. Los objetos físicos, por tanto, se convierten en cosas construidas a partir de *sensibilia*, no de datos de los sentidos, y los átomos lógicos están libres del estigma de la subjetividad. Los átomos lógicos son cognoscibles, esto es, cosas cuya presencia y naturaleza puede conocerse, pero no son tales que *deben* ser conocidos para existir.

Es claro que mediante esta distinción Russell desea escapar de las dificultades que el percipiente omisciente de Berkeley trataba de evitar. El mundo de los objetos puede existir sin que nosotros lo percibamos, no porque Dios lo está percibiendo, sino porque los constituyentes últimos de las cosas pueden existir cuando no son experimentados por nadie. Ningún objeto físico se limitará a unos

¹¹ *Ibid*, p. 157.

¹² *Ibid*, p. 158.

¹³ *Principles of Human Knowledge* (Scribner), p. 127.

¹⁴ *Mysticism and Logic*, p. 131.

¹⁵ *Ibid*, pp. 148-49.

¹⁶ *Ibid*, p. 150.

cuantos datos de experiencia, porque las apariencias no percibidas son igualmente reales. Es plausible decir que un objeto físico oculta la vista de otro, en tanto que de un datum que por definición es dado no podemos razonablemente suponer que hay un datum detrás de él —algo dado que no está dado. La versión de Russell de los objetos físicos como consistiendo de sensibilia, la mayoría de los cuales no son experimentados preserva, por tanto, una propiedad que usualmente se le atribuye a las cosas, la de que tiene partes que nosotros no percibimos. Pero *todo* lo que no es percibido queda incluido en los sensibilia que *pueden* ser percibidos. Nada incognoscible resta. No todos los átomos lógicos son conocidos, pero ellos son *cognoscibles*. En este respecto la tesis fenomenalista de Russell de que las cosas son enjambres de átomos y la tesis griega expresada en forma similar son radicalmente diferentes. Según la tesis de Demócrito una cosa, por implicación, consiste de un vasto número de incognoscibles en los que se inhieren las propiedades. Según Russell una cosa está compuesta de un vasto número de cognoscibles. Demócrito dijo que “por convención lo dulce es dulce, por convención lo amargo es amargo, por convención el color es el color. Pero en realidad sólo existen átomos y el vacío”. Russell voltea el asunto y declara que son los átomos de la física moderna los que existen por convención —no son más que construcciones— y en realidad existen los sensibilia experimentables con sus atributos experimentables.

La diferencia entre la versión de una cosa como una clase de sensibilia y como un substratum cuyos efectos son nuestros data, impone una diferencia correspondiente en la versión que se dará de nuestro conocimiento de las cosas. En efecto, parte de la motivación para dar una versión diferente de las cosas, era que las aserciones fácticas acerca de las cosas deben ser verificables. Las inferencias, hechas en las ciencias empíricas, para llegar a la existencia y a las propiedades de las cosas pueden, teóricamente, ser comprobadas. La versión fenomenalista está de acuerdo con esto; mientras que si una cosa consiste de un componente teóricamente incognoscible ninguna comprobación posible nos acercaría más al conocimiento. En realidad la diferencia entre las versiones de nuestro conocimiento dadas por la descripción fenomenalista y por la descripción de las cosas como teniendo un substratum, no es tan grande como aparece superficialmente. En primer lugar es claro que puesto que hay tantos sensibilia constituyendo una cosa cuantos posibles puntos de vista, una cosa será un sistema infinito de sensibilia. En segundo lugar lo que en la percepción se conoce sin inferencia es, según la tesis de Russell, relativamente poco. Cualquier conocimiento de una cosa sería un conocimiento de algo más de lo que puede darse en cualquier percepción y, por consiguiente, será un conocimiento inferencial. El conocimiento de las cosas, como dice Russell, es un conocimiento por descripción, esto es, de “la cosa de la cual mi datum actual es un miembro”. Según la tesis fenomenalista, el conocimiento se alcanzaría al cabo de un número infinito de verificaciones, aun cuando ni siquiera esto podría asegurar el conocimiento del substratum. Conocer la causa

de los datos de nuestros sentidos es teóricamente imposible. Pero igualmente imposible, diría yo, es el conocimiento de aquello que se encuentra al final de una serie infinita de verificaciones. Agotar una serie infinita diría yo que es lógicamente imposible, y no sólo, como sostuvo Russell alguna vez, "médicamente imposible".¹⁷ Si es así, el programa de sustituir las entidades inferidas por construcciones no nos acerca más a la meta del conocimiento del mundo exterior.

Con respecto a la exposición que he hecho de la teoría de Russell de las construcciones lógicas, debe advertirse que me he basado en una de las dos versiones, enteramente diferentes entre sí, dadas por Russell de esos elementos primarios del mundo que forman parte en la constitución de las cosas. Estos elementos, que llamó simples, son descritos en forma muy diferente en las lecciones acerca del atomismo lógico dadas en 1918-19, que he utilizado aquí, y en el ensayo sobre atomismo lógico de 6 años después. El término "simple", en tanto que aplicado a estos objetos, tiene dos sentidos muy diferentes: 1. Se refiere a las entidades que quedan después de un análisis guiado por el principio de Occam, como el residuo reduccionista indispensable para la construcción de las cosas, 2. se refiere a los objetos que no son descomponibles en partes ulteriores, llegándose a los puntos finales, teóricamente, mediante división. Los primeros son sensible, el tipo de cosas que están dadas en los sentidos, en la memoria y en la imaginación. Frente a ellos nos encontramos en la relación de conocimiento directo, esa relación directa con los objetos que se da cuando nuestra conciencia de ellos no implica proceso alguno de inferencia. Los segundos son indivisibles "algo no experimentado... que únicamente se conoce por inferencia como el límite del análisis".¹⁸ En conformidad con estas versiones divergentes, el programa reduccionista tomó dos caminos distintos. El primero es el camino de la "reducibilidad a conocimiento directo". El segundo es el de la reducibilidad a los simples, los cuales, según Russell, no pueden descubrirse en la experiencia. El segundo camino es sugerido por una combinación de la tesis de Leibniz que dice que lo que es complejo debe componerse de simples y la de Melisso que afirma que el cuerpo no es una verdadera unidad. Una substancia individual no puede ser un cuerpo porque un cuerpo, tiene extensión como atributo propio, lo cual implica pluralidad.¹⁹ Cuerpo es una clase, una reunión de elementos más bien que un elemento. Como lo dice Russell, las clases no forman parte del mobiliario esencial del mundo. Lo que es primario debe ser un indivisible a la manera de una mónada leibniziana. Probablemente éstos serían primarios en un sentido en que los sensible no lo son, pues estos últimos son extensos. La dificultad está, como lo señaló Hume en relación al yo, en que no pueden hallarse. Los constituyentes inextensos del complejo extenso son imposibles de descubrir. Esto parece estar muy lejos del programa reduccionista dictado por la máxima

¹⁷ "The Limits of Empiricism", *Proc. Arist. Soc.*, 1936, p. 143.

¹⁸ "Logical Atomism", *Contemporary British Philosophy*, Firts Series (Muirhead), p. 375.

¹⁹ *Human Knowledge*, p. 201.

de la navaja de Occam, y yo la considero como la menos representativa de las dos doctrinas de Russell.

En la medida en que las inconsecuencias de las afirmaciones de Russell a lo largo de los años lo permiten, trataré ahora de puntualizar qué otra cosa queda cuando el principio de Occam se aplica en forma completa. Hasta el momento de las lecciones sobre atomismo lógico de 1918-19, entre los simples no sólo se incluían los objetos inmediatos que se presentaban a los sentidos, sino también los data apresados por “un acto mental de diferente tipo”.²⁰ Éstos son universales, las entidades denotadas por las palabras de predicados y de relaciones. Con respecto a éstos Russell se ha comportado como un corredor a campo traviesa que se extravía y vuelve sobre sus pasos; sólo en los primeros años afirmó inequívocamente que los universales forman parte del moblaje esencial del mundo. Podemos decir que en aquellos años el programa reduccionista que eliminaba el substratum, debido a que era inapresable tanto por los sentidos como por el intelecto, dejaba como residuo irreducible aquellos elementos aprehendidos por ambos, a saber, sensibilia y universales. En esa época Russell sostenía que tenemos conocimiento directo de ambos tipos de elementos, conocimiento directo que en un caso consiste de conciencia sensorial, y en el otro de concepción, la conciencia no sensorial de las entidades abstractas. Por tanto, el mundo considerado como una totalidad consiste en átomos lógicos que provienen de dos áreas, la sensible y la suprasensible. A esta última pertenecen *precedencia, rojez y similitud*. Esto es igual a decir que a las distinciones entre partes de la oración, por ejemplo, entre demostrativos como “esto” y “eso” y palabras de predicados o de relaciones, corresponden distinciones objetivas. Cuando menos uno de cada uno de los diferentes tipos de entidades figura en todos los hechos más simples, lo que Russell llama “hechos atómicos”. Un inventario del mundo incluirá todos los hechos, siendo los más simples aquellos que consisten de un sensible que posee una cualidad y de dos sensibilia que se encuentran en relación. Todo hecho es un complejo y aquello que lo simboliza guardará con él una relación diferente que la que guardan los símbolos de los elementos simples. Las oraciones atómicas expresan proposiciones las cuales, si son verdaderas, *afirman* hechos atómicos, en tanto que las palabras de objetos particulares de la conciencia sensorial los *nombbran*. Ninguna oración *nombra* un hecho, como tampoco una descripción como “el objeto de atención” nombra un sensible. Un nombre, esto es, un nombre “propio lógico”, cuyo mejor ejemplo es “esto”, se aplica a una sola entidad y sólo puede usarse en el momento en que hay conocimiento directo, no en ausencia del sensible. ¿Pero cómo están relacionados los predicados y los términos de relación con aquello que significan? La falta de claridad de Russell sobre este punto es un índice de su ambivalencia acerca del status de los universales. La palabra “rojo”, dice Russell en las lecciones sobre el atomismo, se entiende únicamente a través del conocimiento directo, pero no *nombra* un objeto

²⁰ *The Monist*, 1919-20, p. 34.

de conocimiento directo, pues de lo contrario lo que nombra podría ser un sujeto de atribución. Y solamente un sensible particular puede serlo. Comprender la palabra "rojo" es comprender la oración de la forma " x es rojo".²¹ El símbolo adecuado para el atributo *rojo* no es la palabra individual "rojo", sino la expresión " x es rojo", "donde la estructura del símbolo indica la posición que la palabra... debe tener si es significativa. En forma similar la relación 'precede' no debe representarse por esta sola palabra, sino por el símbolo ' x precede a y ', que muestra la forma en que el símbolo puede aparecer significativamente".²²

Ya en la tesis de que los "atributos y las relaciones, aun cuando pueden no ser susceptibles de análisis, difieren de las sustancias por el hecho de que... no puede haber ningún símbolo significativo que los simbolice aisladamente",²³ tenemos los comienzos de un programa reduccionista aplicado a los universales. Los símbolos que no son definibles aislados de un contexto, lo que Russell llamó "símbolos incompletos", son símbolos de construcciones lógicas, no de simples. En una fecha tan temprana como 1921 escribió: "Un universal nunca aparece ante la mente como un objeto individual, a la manera en que aparece algo percibido. Yo pienso que podría darse un argumento lógico para mostrar que los universales forman parte de la estructura del mundo, pero que son una parte inferida, no una parte de nuestros datos".²⁴ En el mismo libro dice "la cuestión de si existe un universal llamado 'blancura'... es un problema... que yo creo que es estrictamente insoluble".²⁵ Y continúa para inmediatamente decir: "Para nuestros propósitos podemos tomar la palabra 'blanco' como denotando un determinado conjunto de particulares similares..."²⁶ Entre las palabras que denotan cualidad y los nombres generales como "hombre" no hay, dice Russell, una gran diferencia, significando el último de ellos "toda una clase de esos conjuntos de particulares";²⁷ como las que tienen los nombres ingleses "Jones", "Robinson", etc. Y las clases, como nosotros sabemos, no se consideran como formando parte del mobiliario esencial del mundo. Asimilar los adjetivos a los nombres generales es un paso reduccionista. Los adjetivos, al igual que los nombres, se referirán a las construcciones: un atributo se reduce a un conjunto de particulares concretos unidos por similitud, contándose los particulares entre los simples primarios, pero no así los atributos. Tenemos palabras generales, pero ningún elemento de la realidad denotado por ellas. Aquí está el contraataque nominalista al platonismo de los primeros años. Además, cuando la navaja de Occam se aplica a los universales tiene la consecuencia de que ninguna parte de la realidad se encuentra fuera del alcance de los sentidos. En este respecto el reduccionismo

²¹ *Ibid*, p. 34.

²² *Contemporary British Philosophy*, p. 376.

²³ *Ibid*, pp. 375-6.

²⁴ *The Analysis of Mind*, p. 228.

²⁵ *Ibid*, p. 196.

²⁶ *Ibid*.

²⁷ *Ibid*, p. 194.

de Russell es un precursor sumamente importante de la doctrina más radical del positivismo lógico. El agnosticismo de Russell en lo tocante a la existencia de un substratum y a la existencia de los universales abrió el camino a la tesis de Ayer que negaba que la afirmación de la existencia de ambos tuviese algún sentido. Podría observar, como un *addendum*, que entre la primera versión no reduccionista de los universales y la versión posterior reduccionista hay una posición intermedia aún más tardía. Está expresada, en forma tentativa, con las palabras: "Concluyo... aunque con vacilación, que existen universales y no simplemente palabras generales. La similitud, cuando menos, tendrá que ser admitida; y en ese caso parece poco ventajoso adoptar recursos elaborados con el fin de excluir otros universales."²⁸

Me ocuparé ahora de los correlatos lingüísticos de esa búsqueda de los constituyentes primarios. Aun cuando he puesto la doctrina del atomismo lógico en relación con los problemas relativos a la naturaleza de las cosas y a nuestro conocimiento de ellas, en parte por razones de exposición y en parte porque sospecho que estos fueron los problemas que motivaron que Russell estudiara el lenguaje, sin embargo, los problemas que en forma explícita se planteó tenían al lenguaje, más bien que al hecho material, como su punto de partida. Tanto en las primeras lecciones sobre atomismo como en una fecha tan tardía como 1940 seguía planteándose un problema: "Si a partir de la estructura del lenguaje es posible inferir algo, y si lo es, qué cosa, acerca de la estructura del mundo."²⁹ Según la opinión de Russell el lenguaje ordinario se encontraba muy lejos de ser un vehículo ideal para llevar a cabo semejantes inferencias. En primer lugar, no hay nada en la lógica tradicional, construida para el lenguaje ordinario, que me impidiera hacer el enunciado autocontradictorio de que lo que estoy diciendo ahora es falso. En segundo lugar, su estructura sugiere, equívocamente, que el hecho tiene la misma estructura y que los constituyentes primarios del hecho podrían inclusive ser cosas como el actual Rey de Francia y el fantasma del hombre asesinado. Adviértase la similitud de forma gramatical entre "Esto es rojo" y "El actual Rey de Francia es calvo". Además, el lenguaje ordinario es imperfecto debido a que sus palabras a menudo son ambiguas y en una medida mayor o menor están infestadas de vaguedad, en el sentido de que "no siempre es claro si se aplican o no a un objeto dado".³⁰ Si el lenguaje hubiese "sido inventado por observadores científicamente entrenados con fines filosóficos y lógicos"³¹ estos defectos no existirían. Si pudiera construirse un lenguaje lógico ideal tendríamos "una versión gramatical correcta del universo".³²

Ya sea que Russell haya o no creído que un programa para reformar el lenguaje ordinario pudiera ser llevado a cabo, hizo sin embargo dos contribuciones

²⁸ *Inquiry into Meaning and Truth*, p. 436.

²⁹ *Ibid.*, p. 429.

³⁰ *Contemporary British Philosophy*, p. 376.

³¹ *The Analysis of Mind*, p. 193.

³² *Philosophy*, p. 257.

para su reforma, la teoría de los tipos lógicos y la teoría de las descripciones definidas y en cuanto al resto describió cómo sería un lenguaje lógicamente perfecto. Acerca de las dos reformas diré poco puesto que éstas son compatibles con otras doctrinas metafísicas distintas del atomismo lógico. Quisiera, ahora, dirigir la atención hacia los correlatos lingüísticos de la búsqueda de los simples y hacia los correlatos lingüísticos de la eliminación de los incognoscibles en la descripción de la naturaleza de las cosas construidas a partir de simples. Una búsqueda exitosa se reflejaría en una construcción exitosa de un lenguaje ideal. La descripción que da Russell de este lenguaje es como sigue: "En un lenguaje lógicamente perfecto las palabras, en una proposición, corresponderían una por una a los componentes del hecho correspondiente, con la excepción de palabras como 'o', 'no', 'si', 'entonces', que cumplen una función diferente. En un lenguaje lógicamente perfecto habrá una palabra y sólo una para cada objeto simple y todo lo que no es simple se expresará con una combinación de palabras, por una combinación derivada, desde luego, de las palabras para las cosas simples que entran en ella, una palabra para cada componente simple."³³ Un lenguaje semejante sería posible para Dios, pero difícilmente para nosotros. En cualquier momento dado *todos* los simples le estarían presentes y cada uno de ellos tendría su etiqueta simbólica. Nos recuerda la descripción que dio Aristóteles de la naturaleza como una buena ama de casa. En el mundo aprehendido por Dios cada simple tendría su nombre. Además, para continuar con la descripción de Russell, "Un lenguaje de ese tipo... mostrará de un vistazo la estructura lógica de los hechos que se afirman o se niegan. El lenguaje que se establece en *Principia Mathematica* se propone como un lenguaje de ese tipo. Es un lenguaje que sólo tiene sintáxis y ningún vocabulario en absoluto... intenta ser ese tipo de lenguaje que, si se le agrega un vocabulario, sería un lenguaje lógicamente perfecto"³⁴ Con respecto al vocabulario, a diferencia de la sintáxis, la siguiente descripción, tomada de su libro *Introduction to Mathematical Philosophy*, indica en qué se distingue del lenguaje ordinario: en "...un lenguaje simbólico completo, en el que haya una definición para todo lo que es definible y un símbolo indefinido para todo lo que es indefinible, los símbolos indefinidos... representarán simbólicamente lo que quiero decir con la expresión 'moblaje básico del mundo' ".³⁵ Esto es, habría una correspondencia uno-a-uno entre los términos últimos a los que se llega en el análisis de un compuesto y los términos indefinibles del lenguaje. Russell continúa con lo que ya sabemos por mi anterior exposición de los elementos primarios, a saber: que "ningún símbolo... de... clases se incluirá en este aparato de símbolos indefinidos... todas las cosas particulares que existen en el mundo tendrán que tener nombres, los cuales se incluirán entre los símbolos indefinidos"³⁶ Estamos aquí frente a un eco moderno

³³ *The Monist*, 1918, p. 520.

³⁴ *Ibid*, p. 520.

³⁵ *Ibid*, p. 182.

³⁶ *Ibid*.

de una antigua doctrina griega. En el *Cratilo* Sócrates dijo que nosotros alcanzamos los elementos terminológicos primarios cuando “damos con los nombres que son los elementos de todos los otros nombres y oraciones. . . Si tomanos una palabra que no pueda ser resuelta en otros elementos, entonces tendremos razón en decir que hemos al fin alcanzado un elemento primario. . .” O para decirlo en términos del proceso converso de construcción lógica de las cosas a partir de sus constituyentes, la cita que sigue tomada del *Theaetetus* ofrece, en lo esencial, la misma descripción: “Así como aquello que consiste de estos elementos primarios es él mismo complejo, así los nombres de los elementos se vuelven lenguaje descriptivo al componerse entre ellos. Porque la esencia del lenguaje es la composición de nombres.”

Ahora bien, la eliminación del componente incognoscible del análisis de la naturaleza de una cosa se refleja en el hecho de que en un lenguaje lógicamente perfecto ningún nombre podría designarlo. Porque un nombre propio lógico sólo puede nombrar un objeto de conocimiento directo. Que estemos llevados a suponer que existe un componente semejante, Russell lo atribuye al dominio que ejerce sobre nuestro entendimiento la forma sujeto-predicado del lenguaje ordinario. Cuando nosotros atribuimos una cualidad a un objeto físico percibido, la forma sujeto-predicado de nuestro juicio sugiere que la cualidad inhiere en una substancia que es la causa de los datos de los sentidos. Y cuando hay que explicar lo que es esta substancia, lo más que podemos es dar la descripción “la cosa es la causa de mis datos actuales”, o “la cosa que soporta las cualidades”. Russell sostiene que estas frases descriptivas, en contraste con la frase descriptiva “la clase de los sensibilia de la cual mi dato actual es un miembro”, no son en verdad, comprensibles. Su criterio para comprender cualquier oración, esto es, para apresar la proposición que expresa, es el siguiente: “en cualquier proposición que podamos aprehender. . . todos los constituyentes son realmente entidades de las cuales tenemos un conocimiento directo inmediato. . .”³⁷ A este principio llamémoslo el de reducibilidad al conocimiento directo. Se sigue que cualquier oración que tenga una frase de la forma “el tal y cual” como sujeto gramatical, no será comprendida a menos de que “el tal y cual” sea un símbolo de algo construido a partir de objetos de los cuales tenemos conocimiento directo. Oraciones tales como, por ejemplo, “El gato de mi vecino es amarillo”, deben poder traducirse, si son comprendidas, a una oración que sólo tenga símbolos de elementos simples. Las frases descriptivas habrán desaparecido y puesto que ninguna frase descriptiva es un *nombre* en el sentido de Russell (pues si lo fueran no podrían usarse correctamente en ausencia de aquello que denota), ninguna parte de la nueva oración será reemplazable por la frase descriptiva.

Ahora bien, esta exposición empareja la doctrina del atomismo lógico y el principio epistemológico de reducibilidad al conocimiento directo con una doctrina relativa a las traducciones de oraciones de la forma “el tal y cual tiene f”.

³⁷ “On Denoting”, *Mind*, vol. 14 (1905), p. 492.

Esta última, que Ramsey llamó “ese paradigma de la filosofía”, es la teoría de las descripciones definidas. Muy probablemente aquello en lo que Wittgenstein pensaba cuando dijo que “El mérito de Russell es haber mostrado que no es necesario que la forma lógica aparente de la proposición sea su forma real”.³⁸ La forma lógica aparente de “El gato de mi vecino es amarillo” es la de sujeto-predicado. Pero la oración que expresa esta proposición se traduce a: “Existe una cosa y sólo una, que es un gato de mi vecino y que es amarillo.” En la nueva oración no hay ninguna expresión individual que sea una simple abreviatura de la frase descriptiva “el gato de mi vecino”, y esta frase ha desaparecido en la traducción. Si la descripción fuese un nombre de un objeto no se dejaría analizar de esta manera. Y puesto que no es un nombre, aun cuando en algunos respectos gramaticales funciona como un nombre, no hay necesidad de aceptar entre los elementos primarios de la realidad a personas o cosas ficticias. Esto es, no tenemos necesidad de interpretar “La reina de Faerie es caprichosa” como atribuyendo, verdadera o falsamente, una propiedad a una entidad ficticia para asegurar que la proposición expresada tenga un sujeto. De hecho la traducción muestra que lógicamente no es en absoluto de la forma sujeto-predicado y nos engaña su gramática si lo suponemos.

Sostener que frases de la forma “el tal y cual” son símbolos que desaparecen cuando se traduce la oración en la que se encuentran, parece muy diferente a sostener lo siguiente: que todas las oraciones en las que hay alguna expresión que funciona como un símbolo de una construcción lógica hecha a partir de sensibilia, son traducibles a oraciones en que los sensibilia son nombrados. Esto es sostener que nombres propios comunes y corrientes, frases descriptivas, nombres generales como “gato” o “vecino”, desaparecerán en la traducción, conteniendo la traducción únicamente símbolos que pertenecen al lenguaje lógicamente perfecto. La dificultad estriba en dar siquiera con un ejemplo de una traducción semejante. Porque, en primer lugar, ninguna palabra de nuestro lenguaje ordinario es un nombre propio lógico. Ni siquiera las palabras “esto” y “eso” logran serlo ya que el lenguaje ideal no tiene más que un sólo nombre para cada simple. En segundo lugar, un nombre propio lógico tendría significado sólo para quien lo dice y sólo en el momento en que se dice, puesto que lo que se nombra es un objeto de su conocimiento directo y el mismo sensible no puede ser un objeto de conocimiento directo para dos mentes. Dos sensibilia diferentes están asociados a dos puntos de vista y los sensibilia son demasiados evanescentes para que puedan ser aprehendidos consecutivamente por dos mentes desde el mismo punto de vista. Russell admite que “si pudiese construirse un lenguaje lógicamente perfecto... en gran medida sería, en lo que toca a su vocabulario, privado a una sola persona. Es decir, todos los nombres que se usarían en él serían privados de esa persona y no podrían formar parte del lenguaje de otra persona”.³⁹ Podría mantenerse

³⁸ *Tractatus Logico-Philosophicus*, 4.0031.

³⁹ *The Monist*, 1918, p. 520.

que el hecho de que no pueda usarse para los fines de la comunicación es un mero inconveniente práctico. Pero es un inconveniente *lógico* el que una oración “el gato de mi vecino es amarillo”, que es comprendida por todos, deba traducirse a un conjunto de oraciones ninguna de las cuales es entendida por todos. Ninguna oración que es entendida por todos puede ser equivalente a una clase de oraciones que no es entendida por todos y que no es apta para la comunicación interpersonal. De acuerdo con el principio de Russell de reducibilidad a conocimiento directo, la oración “el gato de mi vecino es amarillo” no tiene un significado público (un significado construido a partir de objetos públicos, esto es, objetos que no son reducibles a conjuntos de objetos privados); ni tampoco consiste de significados privados. Por consiguiente, carece de significado. Esta consecuencia parecería constituir una *reductio ad absurdum* del principio de Russell. Porque es innegable que una oración como “el gato de mi vecino es amarillo” tiene significado y que al pronunciarla le suministro a alguien una determinada información.

Es posible tal vez que la exclusión de la comunicación interpersonal mediante la tesis de que las cosas se reducen a sensibilia sea, en parte, responsable de otro intento de reducción, sumamente diferente, llevado a cabo en el libro *Inquiry Into Meaning and Truth*. Aquí se describe una cosa como un manojo de cualidades, siendo cada una de las cualidades absolutamente específicas. El enunciado de objeto-físico “esto es rojo” se traduce como “la rojez está aquí”, donde “rojez” funciona como un nombre, no como un predicado. Lo que Russell antes llamaba nombres, esto es, palabras para particulares, son ahora eliminables y las palabras para universales cumplen la función de ellas. Supongo que los universales, a diferencia de los sensibilia que, según Russell, probablemente no tienen exactamente la misma naturaleza cuando no son percibidos que cuando lo son, pueden ser objetos cuyos nombres tendrán el mismo significado para todos los que los usan. Pero este punto se deja obscuro y es dudoso si se creyó siquiera que el nuevo lenguaje que refleja esta forma de reducción de las cosas sería por ello menos privado. Porque al parecer no hay manera de eludir las palabras para lo que Russell llama “particulares egocéntricos”, en este caso la palabra “aquí”. Russell explica uno de los motivos para llevar a cabo una reducción semejante. Dice: “Se está tentado a considerar ‘esto es rojo’ como una proposición de la forma sujeto-predicado; pero si se hace así, se encuentra que ‘esto’ se vuelve una substancia, un algo incognoscible en el que inhiere las propiedades, pero que, sin embargo, no es idéntico a la suma de sus propiedades.”⁴⁰ Pienso que es evidente que esta misma dificultad surge tanto en el caso que “esto” se use en presencia de un objeto físico como en el caso en que se use únicamente en presencia de un dato de nuestros sentidos. En este último caso también podemos preguntarnos, como señaló Wittgenstein, cuál es la x que tiene la cualidad rojo. Supongo que un lenguaje ideal que salvara esta dificultad prescindiría

⁴⁰ *Inquiry into Meaning and Truth.*, p. 120.

de la forma lingüística sujeto-predicado en todos los sitios del lenguaje en que se oculte. El ideal de un lenguaje lógicamente perfecto sería el mismo: que alguna de sus oraciones, aquellas que son atómicas, tengan una estructura idéntica a la estructura de los hechos. Esto es, la forma como se combinan sus elementos sería igual a la manera como se combinan los objetos simples en los hechos. Para citar: "...en un simbolismo lógicamente correcto... la complejidad del símbolo corresponde muy estrechamente a la complejidad del hecho simbolizado por él".⁴¹ La estructura del hecho, según afirmó Wittgenstein en el *Tractatus*, no puede expresarse ni siquiera mediante el lenguaje ideal, porque la estructura no es otro constituyente del hecho, sino la forma como los constituyentes están reunidos. Hay símbolos para el contenido de una proposición, pero no para la estructura que tienen los contenidos. De acuerdo, sin embargo, con la mayoría de las cosas que ha escrito Russell acerca del lenguaje lógicamente perfecto, aun aquello que se expresa mediante los símbolos para el contenido no podría ser expresado más que para quien lo usa: de los símbolos para el contenido algunos serían nombres de particulares que "no forman parte del lenguaje de otra persona". Es difícil ver cómo el hecho de ser "un lenguaje gramaticalmente correcto" compensa esta desventaja, ya que los sonidos que se usan sin la posibilidad de que comuniquen algo, difícilmente puede decirse que constituyen un lenguaje. Paradójicamente, la privacidad del "lenguaje" ideal se supone que constituye una ventaja sobre el lenguaje ordinario.

Una razón para esta supuesta ventaja podría aparecer cuando se examina lo que a menudo se considera como una imperfección del lenguaje ordinario. Se dice, con frecuencia, que ningún lenguaje común y corriente es capaz de expresar la experiencia de lo inefable, que lo que experimentamos "las palabras no pueden describirlo". La especificidad de la experiencia impide siempre que se exprese en términos generales. Pero adviértase que el lenguaje ideal tiene palabras para lo que es absolutamente específico y mediante el principio de reducibilidad a conocimiento directo, los nombres generales son comprendidos por quien los usa debido a que representan construcciones a partir de lo absolutamente específico. Cuando menos el lenguaje en que nos hablamos a *nosotros mismos* lo expresará todo. Será completamente adecuado porque nada inexpresado o inexpresable quedará fuera. Aquí está la supuesta ventaja de la privacidad. En el lenguaje ordinario, dice Russell, "no hay una forma directa de designar a los existentes fugaces y primarios que constituyen las colecciones que llamamos cosas o personas".⁴² Porque el lenguaje ordinario es interpersonal y yo no puedo, por consiguiente, comunicarle a nadie mediante él la índole absolutamente específica de mi objeto de conocimiento directo.

¿Pero es posible interpretar esta incapacidad para comunicar lo específico como una imperfección del lenguaje ordinario? Si esto representa un defecto,

⁴¹ *The Monist*, 1919-20, p. 519.

⁴² *The Analysis of Mind*, p. 193.

entonces es un defecto que es *lógicamente* imposible que pueda remediarse en cualquier lenguaje que se use para la comunicación. Porque el remedio necesario sería que al comprender lo que alguien dice, la persona que escucha tuviera la experiencia de quien habla. Pero difícilmente es una crítica al lenguaje decir que no logra hacer lo que es lógicamente imposible. Sólo si el lenguaje no logra aquello que puede alcanzar, es posible considerarlo como defectuoso. La crítica tiene el aire de referirse a lo que no puede hacerse con los medios del lenguaje, mientras que de hecho no se refiere a nada semejante. Es una seudocrítica, formulada en el lenguaje de una verdadera crítica. ¿Cuál es, pues, el mérito especial de un lenguaje privado? Es difícil encontrar un mérito. Porque la comprensión de ese lenguaje, si en él se expresa una proposición verdadera, consistiría en la presencia inmediata de los hechos simbolizados. Cuando menos los constituyentes de la proposición atómica verdadera serían idénticos a los constituyentes del hecho. Un lenguaje semejante, puesto que sólo podría ser comprendido por uno mismo, sería ocioso, pues usarlo sería simplemente ponerle etiqueta a lo que es conocido sin etiqueta. Y la etiqueta no serviría para referencias futuras, puesto que los evanescentes particulares pueden ser nombrados sólo una vez. Hablarse a sí mismo, por extraño que esto sea en el lenguaje ordinario, sería una rareza completamente inútil en este lenguaje. Invirtiendo el comentario de Wittgenstein: De lo que *puede* hablarse, es posible también callarse.

SMITH COLLEGE

ALICE AMBROSE

(traducción de Alejandro Rossi)